

ingenuidad, los cristianos y sus propuestas de solución suelen ser acusados de idealistas y utópicos. Hay que evitar caer en el inmediateísmo político. Las motivaciones religiosas no deben sobreestimar las posibilidades reales de triunfo revolucionario. De la fortaleza del compromiso ético no se sucede un salto a la posibilidad política.

—Su denuncia profética del orden internacional. Su advertencia contra la mentira ideológica que supone la apariencia democrática del sistema económico imperante, visible en la periferia explotada, en la realidad latinoamericana. Una realidad interpretada evangélicamente como pecado estructural (“la fe cristiana es irreconciliable con la civilización del capital”). Las políticas que practican los países desarrollados con los subdesarrollados, las directrices económicas de las grandes potencias, están motivadas por el afán de dominio. En este punto, los análisis y reflexiones de Ellacuría sobre la violencia resultan hoy iluminadores. Distinguía entre la violencia estructural, ejercida por el Estado y sancionada jurídicamente, como respuesta represiva de los sectores sociales dominantes a las protestas populares, y la violencia revolucionaria, de carácter liberador, cuyo deseo es crear un orden social más justo. Ignacio reconocía la moralidad de la violencia liberadora —en situaciones muy concretas— pero la consideraba un mal y no conforme al Evangelio. Rechazaba por ello, sin excepción, el recurso a acciones terroristas y el fanatismo fundamentalista, lo cual pone en cuestión la acusación de que la teología de la liberación hace apología de la violencia. Es necesario recordar aquí sus mediaciones en el conflicto bélico que desangraba a su país. Siempre se mostró partidario del diálogo, de abrir “procesos de negociación” como única vía de solución a la guerra. Quizás por eso lo mataron.

—Su propuesta concreta de un nuevo orden económico y social. Frente a la civilización de la riqueza, basada en la acumulación de bienes y en su posesión privada, Ellacuría presenta como alternativa una civilización de la pobreza. No propone hacer de la pauperización un ideal, sino entender las necesidades básicas del hombre como principio articulador de la sociedad, junto con la solidaridad y el fomento de la iniciativa comunitaria. Su utopía se caracteriza por la creación de un nuevo orden social centrado en el desarrollo las necesidades humanas.

El asesinato de Ignacio Ellacuría constituye un aldabonazo, una constante llamada de atención

para seguir elaborando teología de la liberación, para hacer una opción —real y decidida— por los pobres de la tierra (retomando la frase que encabeza este escrito), afirmando la necesidad del Dios de Jesús, el Dios de la Vida, frente a los ídolos de la muerte. Agradecemos, pues, este trabajo de Héctor Samour que contribuye a enriquecer la memoria histórica. Y sirvan estas sencillas líneas como reconocimiento y homenaje al que fuera rector de la UCA por su opción preferencial por los últimos, su compromiso en defensa de la justicia, su denuncia de las situaciones sociales de opresión, su análisis de la injusticia estructural del moderno sistema económico mundial. En definitiva, su empeño por la liberación de los pobres, los oprimidos y desposeídos de todo el continente latinoamericano. Recordemos las precisas palabras del obispo de São Felix, Pedro Casaldáliga, refiriéndose a los cristianos: “soldados derrotados de una causa invencible”.

Soto Carmona, Álvaro, *Transición y cambio en España, 1975-1996*. Madrid, Alianza Editorial, 2005, 478 pp.

Por David Molina Rabadán
(Universidad de Cádiz)

La Transición es uno de los mitos que se hacen sentir con mayor fuerza en el imaginario colectivo de la sociedad española a día de hoy. La idealización que se proyecta sobre este proceso, de naturaleza primordial pero no exclusivamente política, como magníficamente se nos recuerda en esta obra, descansa a nuestro entender en estas tres ideas: consenso, planificación, elitismo. Se entiende que el paso a la democracia fue dirigido, con una especie de “libreto” donde cada paso estaba perfectamente orquestado, por unos cuadros políticos altamente preparados y comprometidos con el cambio de régimen. Todos aceptaron la necesidad de las transformaciones políticas e institucionales para así lograr la equiparación de España con el resto de vecinos europeos, y su inserción en el subsistema internacional capitalista existente durante la Guerra Fría. La sociedad civil se limitó, en el mejor de los casos, a legitimar desde la distancia y con asentimiento mudo, todas las iniciativas que desde

la Zarzuela y la Moncloa se diseñaron. Las resistencias, el conflicto, los proyectos alternativos... no fueron más que meras digresiones que nunca tuvieron una importancia tangible en el resultado final de la ecuación.

La historiografía sobre este período no ha hecho mucho por derribar los “ídolos de la tribu” anteriormente reseñados. Puede que el debate se encuentre en los actores protagonistas de la trama (el Rey, ciertas organizaciones y figuras políticas...), en ciertos hechos clave como el 23-F o en la importancia relativa de determinadas variables, como el contexto internacional, que hasta el momento presente no habían gozado de mucha atención. Pero en definitiva se había creado una historia de la Transición que como ésta presentaba una visión hecha desde arriba, pacíficamente consensuada, panegírica y que amenazaba con morir de éxito por cuanto que no admitía discrepancias, puntos negros y la posibilidad de que un modelo en apariencia perfectamente acabado era la mejor prueba de que aún quedaba mucho por hacer.

Se ha afirmado que el mayor mérito de un investigador reside en poner en duda lo que hasta entonces parecía obvio. Si esto es así, no cabe la menor duda de la inmensa valía de la obra del profesor Soto Carmona. Sus páginas son una útil herramienta para escapar de la cárcel intelectual que supone una mera visión de corte político-institucional, de horizonte cronológico estrecho y reluciente a una interpretación plural sobre las fuerzas, los actores, las interrelaciones y los tiempos que hicieron posible la instauración de la democracia en nuestro país. Aunque las hipótesis contenidas en el libro encuentran el apoyo de otros esfuerzos investigadores que están alcanzado cada vez mayor eco, el hecho y la manera de presentarse en un todo articulado, coherente y claro le añaden un valor específico que justifica el impacto y la relevancia de esta aportación en el panorama historiográfico español. La idea implícita en el título, *Transición y cambio*, ya alude a las transformaciones, no sólo de índole política sino también económica y social, que supuso la llegada de la democracia y que al mismo tiempo la posibilitaron. También es reseñable la voluntad de ignorar algunos “silencios”, práctica ésta habitual en los círculos políticos y mediáticos, como los referidos a la institución monárquica y a la figura del Rey.

El arco temporal seleccionado es otra buena muestra del potencial innovador de la obra. Si bien

se encuentran antecedentes de otras incursiones en nuestro pasado más reciente, el autor en este caso consigue presentar un cuadro perfectamente razonado por el que prolongar el alcance de la línea investigadora. Las incertidumbres que amenazaron al régimen democrático (involucionismo militar, la organización territorial del Estado y la debilidad del sistema de partidos) y cómo éste se desarrolló buscando soluciones para aquellas apoyan la ampliación del horizonte cronológico hasta 1982, rebasando a una cesura tan recurrente como la de 1978. Posteriormente, una vez acabada la Transición, había que vivir en ella, consolidar la democracia y responder a otra serie de desafíos (salir de la crisis económica, la lucha contra ETA, el reforzamiento del Estado del Bienestar...) que se desprendían de tres hechos que condicionaron todo el proceso: el intenso desajuste económico, la alta conflictividad social y la constante violencia política.

La creencia de que el proceso entero fue fruto de una esmerada planificación es rebatida sin concesiones a lo largo de las casi quinientas páginas del libro. Se nos presenta un escenario político-social sumamente volátil y sujeto a múltiples influencias, procedentes de diversos espacios y tendencias tanto nacionales como internacionales. La conjunción de las opciones continuista, pseudo-reformista, reformista, rupturista y revolucionaria, su interacción entre sí, superponiéndose en distintas coyunturas, llevó a que el mecanismo de toma de decisiones se complicase extraordinariamente y que los efectos de cada una de las medidas tomadas por los primeros gobiernos de la democracia tuvieran repercusiones totalmente distintas según cómo se alineasen las relaciones de poder entre los proyectos políticos mencionados más arriba.

Esta pluralidad de agentes e iniciativas es en parte consecuencia de la lectura politológica escogida por el autor, así como del análisis de la realidad histórica de aquel tiempo. El enfoque adoptado, deudor del de Robert Dahl, define a la democracia como una poliarquía, en la que “todos los grupos activos y legítimos de la población pueden hacerse oír en algún momento crítico del proceso de decisión” (p. 26).

De esta forma llegamos a una de las mayores aportaciones de la obra, y es la reivindicación de la sociedad civil como protagonista del cambio democrático. Hasta las elecciones de junio de 1977, por medio de la movilización y el voto (aspectos estu-

diados de forma concienzuda y hábil en el libro), la ciudadanía organizada mantuvo un espacio propio y una capacidad de acción ciertamente notables que condicionaron la respuesta del Estado y de los partidos políticos. Este fenómeno, que se puede rastrear a partir del tardofranquismo, y de manera especial la forma (pacífica pero no exenta de tensión, muertes y enfrentamientos) en que se llevó a cabo, otorgaron una impronta y legitimidad democráticas a todo el proceso y ejercieron de espoleta para la serie de acontecimientos que vinieron tras 1977.

La imagen ofrecida del funcionamiento y estructura interna de los partidos políticos también es sumamente reveladora. Una de las pautas de la Transición fue la debilidad del sistema de partidos y de los propios partidos políticos, lo que llega hasta la actualidad. PSOE, CDS, UCD, AP, PP, PCE, IU... se nos muestran como organizaciones sumamente frágiles y amenazadas por las disensiones y las "guerras civiles" a pequeña escala.

Si la primera parte del libro está dedicada a la transición a la democracia (1975-1982), la segunda se centra en los gobiernos socialistas (1982-1996). El autor consigue ofrecer un equilibrado análisis sobre esta etapa crucial de la historia contemporánea española, ya que en ella se asientan las bases políticas, sociales y económicas para una práctica democrática estable y homologable con las del resto de sociedades desarrolladas que gozan de esta clase de régimen político.

En esta sección del libro, se ha evitado caer en el tema de la corrupción como monomanía excluyente y parcial. La puesta en perspectiva de los años de Felipe González se convierte en un acierto necesario, ya que los escándalos de los últimos años de su administración no pueden hacer olvidar los avances en la integración española dentro del sistema internacional, la modernización económica, la puesta en marcha de programas sociales y la consolidación de las instituciones, formas, actores y discursos de una democracia. Los hechos, tanto positivos como negativos o conflictivos (14-D, primera guerra del Golfo, OTAN, GAL, corrupción...) de la gestión en el poder del PSOE son expuestos y analizados de forma sintética pero a la vez exhaustiva, mostrando un perfil de ellos completo e interesante.

En el tercer bloque de la obra, la economía y sociedad se diseccionan de forma sistémica y pro-

funda. Se pasa revista a la agenda de cuestiones que el final del franquismo y la crisis económica que lo acompañó legaron a los gobiernos y ciudadanos españoles. Con su estudio, se contextualiza la variable política tratada en las dos primeras partes. Se establece un diálogo fecunda entre ellas y de esta forma amplía el grosor analítico del conjunto del libro. Esta disposición de contenidos se explica por la esencia primordialmente política de las transiciones a la democracia, que encuentran en la economía y la sociedad unos compañeros de viaje indispensables pero que viajan en distintos vagones. Los efectos provocados por los desajustes económicos, la lucha contra ellos, el proceso de adhesión y sus consecuencias a la CEE, el problema del trabajo, sindicalismo y huelgas y los nuevos hábitos sociales son los principales aspectos trabajados.

En suma, este libro es una interesante actualización de los conocimientos y paradigmas habidos sobre la Transición durante su existencia como objeto de estudio. Logra exponer de forma clara y sugestiva el relato y la interpretación de los hechos. Alienta el debate y la revisión sobre lo que hasta ahora se aceptaba como verdades convencionales. El valor de esta aportación se terminará de perfilar en los próximos años cuando se pueda contrastar el impacto de sus tesis y cómo éstas, que a buen seguro lo harán, habrán influido en una nueva generación de estudios sobre la democracia en la España del presente.

Tranfaglia, Nicola, *La stampa del regime 1932-1943. Le veline del Minculpop per orientare l'informazione*. Milano, Bompiani, 2005, 456 pp.

Por Jan Nelis
(Universiteit Gent)

Gli studi concernenti il fascismo italiano sono ormai molto vari e numerosi. Il fenomeno è stato analizzato da diversi punti di vista, tali quello politico, quello storico, quello sociologico e quello economico. In questo modo, si è tentato di capire il fenomeno, di spiegare l'avvento al potere di Mussolini e i suoi seguaci. Ironicamente, è stata l'eredità di qualcuno che non ha mai scritto un vero e proprio studio sul fascismo a influenzare gran parte degli studi del fenomeno, prima soprattutto